

13. La obediencia, la condición del favor de Dios

La fuerza de las naciones y de los individuos no se encuentra en las oportunidades y facilidades que parecen hacerlos invencibles; no se encuentra en su jactanciosa grandeza. Aquello que por sí solo puede hacerlos grandes o fuertes es el poder de Dios. Ellos mismos, por su actitud hacia Su propósito, deciden su propio destino.

Las historias humanas relatan los logros del hombre, sus victorias en batalla, su éxito en alcanzar la grandeza mundana. La historia de Dios describe al hombre como el cielo lo ve. En los registros divinos, todo su mérito consiste en su obediencia a los requisitos de Dios. Su desobediencia es fielmente narrada como merecedora del castigo que sin duda recibirá. A la luz de la eternidad se verá que Dios trata con los hombres de acuerdo con la trascendental cuestión de la obediencia o la desobediencia.

Cientos de años antes de que ciertas naciones entraran en escena, el Omnisciente observó a través de las edades y predijo, por medio de Sus siervos los profetas, el ascenso y la caída de los reinos universales.

El profeta Daniel, al interpretar al rey de Babilonia el sueño de la gran imagen —una imagen simbólica de los reinos del mundo—, declaró a Nabucodonosor que su reino sería suplantado. Su grandeza y poder en el mundo de Dios tendrían su día, y surgiría un segundo reino, que también tendría su período de prueba en cuanto a si exaltaría al único Gobernante, el único Dios verdadero. Al no hacerlo, su gloria se desvanecería, y un tercer reino ocuparía su lugar. Probado por la obediencia o la desobediencia, este también desaparecería; y un cuarto, fuerte como el hierro, sometería a las naciones del mundo.

Estas predicciones del Infinito, registradas en la página profética y trazadas en las páginas de la historia, fueron dadas para demostrar que Dios es el poder gobernante en los asuntos de este mundo. Él cambia los tiempos y las estaciones, quita reyes y pone reyes, para cumplir Su propio propósito.

Bajo el rey Nabucodonosor, Babilonia fue el reino más rico y poderoso de la tierra. Sus riquezas y esplendor han sido levemente retratados por la Inspiración. Pero no cumplió el propósito de Dios; y cuando llegó su tiempo, este reino de orgullo y poder, gobernado por hombres del más alto intelecto, fue quebrantado, destrozado, indefenso. Cristo ha declarado:

«Sin mí nada podéis hacer» (Juan 15:5)

Los ilustres estadistas de Babilonia no se consideraban dependientes de Dios. Pensaron que habían creado toda su grandeza y exaltación. Pero cuando Dios habló, fueron como la hierba que se marchita y la flor de la hierba que se desvanece. Solo la palabra y la voluntad de Dios perduran para siempre.

«Voz que decía: Da voces. Y yo pregunté: ¿Qué he de decir a voces? Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo:

La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopla en ella; ciertamente como hierba es el pueblo.

Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre» (Isaías 40:6-8)

Si estos diversos reinos hubieran tenido siempre el temor del Señor ante ellos, se les habría dado sabiduría y poder, lo cual los habría unido y mantenido fuertes. Pero los gobernantes de los reinos del mundo hicieron de Dios su fuerza solo cuando estaban acosados y perplejos. Al no obtener ayuda de sus grandes hombres, la buscaron de hombres como Daniel, hombres que sabían que honraban al Dios viviente y que eran honrados por Él. A estos hombres apelaron para que les desentrañaran los misterios de la Providencia; pues se habían separado tanto de Dios por la transgresión que no podían entender Sus advertencias. Se vieron obligados a apelar a aquellos cuyas mentes estaban iluminadas por la luz celestial, para una explicación de los misterios que no podían comprender.

La voz de Dios, oída en épocas pasadas, resuena a lo largo de la línea, de siglo en siglo, a través de generaciones que han aparecido en la escena de la acción y han desaparecido. ¿Hablará Dios, y Su voz no será respetada? ¿Qué poder trazó

toda esta historia, para que las naciones, una tras otra, surgieran en el tiempo predicho y ocuparan su lugar asignado, testificando inconscientemente la verdad de aquello cuyo significado ellas mismas no conocían?

Los siglos tienen su misión. Cada momento tiene su obra. Cada uno está pasando a la eternidad con su carga,

«Bien, buen siervo y fiel» (Mateo 25:21)

—o,

«Siervo malo y negligente» (Mateo 25:26)

Dios sigue tratando con los reinos terrenales. Él está en las grandes ciudades.

«Sus ojos observan, Sus párpados examinan [los actos de los] hijos de los hombres» (Salmos 11:4)

No debemos decir: «Dios fue», sino: «Dios es». Él ve la caída del gorrión, la hoja que cae del árbol y al rey destronado. Todo está bajo el control del Infinito. Todo está cambiando. Ciudades y naciones están siendo medidas por la plomada en la mano de Dios.³ Él nunca se equivoca. Lee correctamente. Todo lo terrenal es inestable, pero la verdad permanece para siempre.

A los ojos del mundo, quienes sirven a Dios pueden parecer débiles. Pueden estar aparentemente hundiéndose bajo las olas, pero con la siguiente ola, se les ve elevándose más cerca de su refugio.

«Yo les doy vida eterna; [dice nuestro Señor,] y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:28)

Aunque los reyes sean derribados y las naciones removidas, las almas que por medio de la fe se unen al propósito de Dios permanecerán para siempre.

«Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad» (Daniel 12:3)

³ Zacarías 4:10.